

Emilio G. Soler y Enrique Casanovas

HAZAÑAS

DE

Sherlock Holmes

Melodrama en seis actos



HAZAÑAS DE SHERLOCK HOLMES

MELODRAMA EN SEIS ACTOS

DE

EMILIO GRAELLS SOLER Y ENRIQUE CA-
SANOVAS



Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA. IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

REPARTO

Personajes	Intérpretes
Enriqueta	Sra. Puchol.
Mary	Srta. Guitart.
Laura	»Nougués.
Betzy	Sra. Gassó
Niño	N. N.
Sherlock Holmes	Sr. Parreño.
Lord Enrique	»Rodríguez.
Loven	»Perelló.
Ballieres	»Delor.
Condesito	»Parreño (H.)
Marcelo	»Carnicero.
Patrik	»Castells.
Harry	»Casanovas.
Cochero	»Guilemany.
Walter	»Rigo.
Teófilo	»Sanchiz.
Bob	»»
Director del Hotel	»Castells.
Doctor	»Rigo.
Juan	»Flores.

ACTO PRIMERO



Interior de un circo ecuestre, o sea el saloncillo o fumadero de los artistas. En el foro (centro), una cortina que al abrirse por el centro deja ver la pista, butacas y gradas con su correspondiente público. A los lados (del mismo foro), corredores que conducen a los cuartos de los artistas. Alfombras, arcos de papel, etcétera, en fin todos los detalles apropiados al caso. Al levantarse el telón aparecen Marcelo, inquieto y nervioso como si esperase a alguien, y Laura y don Teófilo en íntima conversación.

ESCENA PRIMERA

LAURA, MARCELO y DON TEÓFILO.

MARCELO — (Mirando por la cortina.) ¡Cuánto tarda Mary! ¡Esta Laura siempre lo mismo!... (Desaparece por el corredor.)

TEÓFILO — Vamos, no sea usted ingrata, hermosísima Laura. Laura ¿Ingrata yo? No diga usted eso, don Teófilo, cuando por usted expongo mi reputación. ¿Qué pensarán mis compañeros al verme tan a menudo hablando con usted ínfimamente y a solas... lo que nunca había podido conseguir ningún hombre?

TEÓFILO — Es que yo no lo soy...

LAURA — ¡Cómo!

TEÓFILO — ¡No, hermosísima Laura! Yo solo soy un esclavo que por usted sería capaz de todo.

LAURA — ¿De todo?

TEÓFILO — Sí, de todo, para hacerla feliz.

LAURA — No le creo a usted, don Teófilo.

TEÓFILO — Se lo juro, bellísima Laura. Pida usted por esos divinos labios y todos sus caprichos serán órdenes para mí, pues me tiene usted loco... ¡Y cómo no, si es usted la mujer más simpática y más guapa que he visto en mi vida!

LAURA — ¿De veras?

TEÓFILO — ¡Ay! no me mire usted así, que siento un cosquilleo por todo mi cuerpo...

LAURA — ¡Vamos, no será tanto! ¡Teofilito!... (Acercándose a él con coquetería.)

TEÓFILO — ¡Teofilito!... ¡Ay, ay!... ¡A mí me va a dar algo!... ¡Laura! ¡Laurita mía!... ¡Con qué, por fin!... ¡Camare-ro, camarero!... ¡Aquí, pronto! ¡Camarero!... (Sale éste.) ¡Pronto, un par de botellas de champagne... o tres o cua-

tro, pero pronto, pronto, pues quiero celebrar esta inmensa dicha, la más grande de mi vida!

LAURA — ¿No me engañas, pichoncito mío?

TEÓFILO — ¡Ay, pichoncito!...

LAURA — ¡Tú habrás hecho muchas conquistas con ese aire de calaverón!... ¡Tunante! ¡Cuánto habrás gozado de la vida!

TEÓFILO — No... no lo creas, Laurita... ¡Si ahora empiezo a vivir!

LAURA — ¿Pues cuántos años tienes, hijo mío?

TEÓFILO — Veinticinco. (Multiplicados por dos.)

LAURA — ¡Veinticinco! ¿Pues y esa calva?

TEÓFILO — Es de nacimiento.

LAURA — ¡Ja, ja, ja!... ¡Buena, hijo mío, buena!

TEÓFILO — ¿Te burlas?

LAURA — No te ofendas, pues me ha hecho gracia la ocurrencia.

TEÓFILO — ¿Ofenderme?... ¿Por ventura pueden ofender a nadie las palabras que salen de esos hechiceros labios tan dulces, tan incitadores, tan...? ¡Ay, qué sed tengo, encantadora Laurita!

LAURA — Ahí traen el champagne.

TEÓFILO — Pues vamos, vamos a tu camerino, y allí...

LAURA — Nos sorprende mi hermano y te rompe el alma.

TEÓFILO — ¡Eh! ¡Cómo... cómo!... ¡Tu hermano!

LAURA — Sí, amigo mío; un tirano que no me deja en paz ni un solo instante... Únicamente cuando le doy dinero para jugar puedo respirar libremente. Pero hoy me ha pedido cien francos, y como no los tenía, sería capaz de... ¡Ah, no, no; no quiero que vengas a mi camerino, pues si nos encontrara juntos!... ¡Es una fiera, amigo mío!... Ayer rompió la cabeza a uno del público que se atrevió a mirarme sonriendo.

TEÓFILO — ¡Demonio... demonio!... Entonces... (Cogiendo el sombrero.)

LAURA — Eso sí, en teniendo dinero es una mal va... ¡Ay, si yo tuviera cien francos, cuán felices seríamos esta noche! Con el champagne y...

TEÓFILO — ¡Cien francos!... ¿y por eso te apuras, mo-nina mía? Toma, aquí tienes dos cientos. Cien para él y cien para ti.

LAURA — ¡Ah, qué bueno eres, Teofilito! ¡Y qué guapo estás!

TEÓFILO — ¿De veras?

LAURA — ¡Me vuelves loca; créelo, loca!

TEÓFILO — ¡Y a mí tú!... ¡Vamos al camerino!

LAURA — Sí, a beber...

TEÓFILO — A beber y... ¡Ay, hoy vuelvo a mis veinte años! (Vanse por el corredor.)

MARCELO — ¡Viejo imbécil, cómo has caído en la red! ¡Esa Laura!... Yo no sé cómo Mary consiente en trabajar en compañía de esa mujer. Es la deshonra de la clase. Desgraciadamente existen muchas de esas mujeres que se exhiben en una pista o en un escenario, no para hacer arte, sino para hacer de su cuerpo mercancía vil, que los incautos pagan a peso de oro.

ESCENA II

MARCELO y LOVEN; luego BALLIERES.

LOVEN — Hola, Marcelo.

MARCELO — Adiós, Loven.

LOVEN — ¿Qué es eso, estábamos filosofando?

MARCELO — ¡No, rabiando!

LOVEN — ¡Hombre! ¿Y eso?

MARCELO — Ese tipo de Laura...

LOVEN — ¿Qué, alguna nueva conquista?...

MARCELO — Di mejor un nuevo escándalo. Ahí está, en su cuarto con un viejo verde empalagoso... No, ya saldrá el imbécil bien desplumado de sus manos.

LOVEN — Es mucha Laura. Esa chica hará carrera.

MARCELO — Ya la hace.

LOVEN — ¡Ah, malicioso! Y vamos a ver, ¿por qué le tienes tanta inquina a esa joven?

MARCELO — Qué, ¿acaso tú apruebas su conducta?

LOVEN — Yo no dejo de aprobarla ni desaprobarla, pero tampoco la critico tan despiadadamente como tú. Ella es joven, alegre; déjala gozar de la vida.

MARCELO — Que lo haga, pero sin perjudicar a nadie.

LOVEN — ¿Y a quién perjudica? Todo lo más se perjudicará a sí misma.

MARCELO — Y a todas sus compañeras. Pues la gente al relatar los hechos no dice tal artista, sino las artistas de la compañía de Fulano de Tal, y el mal de uno lo pagan todos.

LOVEN — Te vuelves muy meticuloso, Marcelo.

MARCELO — ¿Qué quieres decir?

LOVEN — Que cada uno vaya por su camino. Dejad a Laura en el suyo y tú sigue el que más te convenga. Si en el

mundo todos tuviéramos el mismo modo de pensar, el mismo genio, los mismos gustos y las mismas inclinaciones, ¿qué sería de la sociedad?

MARCELO — ¿Es decir que crees?...

LOVEN — Que los hombres y las mujeres somos masa dispuesta para toda clase de maldades. Pecamos, rezamos, volvemos a pecar, y de esta manera formamos una cadena sin fin, cuyos eslabones son de materias bien heterogéneas; uno de pecados, otro de oraciones, y así llegamos a hermanar de tal modo lo malo y lo bueno, el crimen y la virtud, que llega un tiempo en que los confundimos de tal manera, que no sabemos distinguir el cielo del infierno, a Dios del demonio. Dispensa, amigo mío, pero esta es la verdad, todos tenemos el tejado de vidrio y no podemos echarnos piedras del uno al otro.

MARCELO — Pues yo digo que...

LOVEN — Amigo mío, son inútiles los razonamientos. Si aquí todos nos conocemos, ¿a qué viene la hipocresía?

MARCELO — Hipócrita no lo he sido nunca.

LOVEN — ¿No? ¿Pues a qué viene fingirme amistad, cuando tú eres uno de los que se han impuesto al director del Circo para que en el verano no cuente conmigo?

MARCELO — ¿Quién, yo?

LOVEN — Sí, tú y tu protegida la señorita Mary.

MARCELO — ¿Quién te lo ha dicho?

BALLIERES — Yo.

MARCELO — ¡Tú! ¡Canalla!

BALLIERES — ¡Marcelo! (Dando un paso hacia él.)

LOVEN — ¡Calma!

MARCELO — ¡Lo repito! Pues eso tan solo lo hace un canalla como tú. Sábelo, Loven; a Mary le serás antipático no sé por qué, pero ha sido la única que abogó por ti cuando todos los demás compañeros se quejaban al director acusándote de mal hombre y vicioso, pero como este desagradecido que se ha criado con Mary, y a quien ella quiere como un hermano, la ha requerido varias veces de amores

sin obtener la más mínima recompensa, ahora se quiere vengar calumniándola miserablemente.

BALLIERES — ¡Mientes!

MARCELO — ¡Qué miento! (Con además de arrojarse a él.)

ESCENA III

Dichos y MARY.

MARY — ¿Qué es esto, Marcelo?

MARCELO — Mary.

BALLIERES — ¡Ella!

MARY — Pero, ¿qué ha sido eso?

LOVEN — Nada, encantadora Mary.

MARY — No se lo pregunto a usted.

LOVEN — Gracias. A los pies de usted, (vase a su cuarto.)

MARY — ¿Ha sido con ese maldiciente con quién disputabas?

MARCELO — No; con Ballieres.

MARY — ¿Contigo? ¿Y qué motivo ha habido, hermano mío, para...?

BALLIERES — Que te lo diga él.

MARCELO — Lo de siempre. Sus ridículas pretensiones...

MARY — ¡Ah! Déjanos solos, Marcelo. Quiero hablar con él cuatro palabras.

MARCELO — Voy. ¿Pero cómo has tardado tanto esta noche?

MARY — He ido a casa de una persona que tal vez pueda descubrir algo referente a... porque supongo que tú no habrás tenido carta.

MARCELO — Aun no. ¿Y qué te ha dicho esa persona que dices?

MARY — No la he encontrado en casa, pero he dejado mí tarjeta con una recomendación especial.

MARCELO — ¿Y tú crees?...

MARY — Que si él no logra descubrir la verdad, será inútil todo.

MARCELO — ¿Y entonces tú no te casarás con lord Enrique?

MARY — Sin tener antes la prueba de mi viudez, nunca.

MARCELO — Bien hecho, hija mía. Eres digna de mejor suerte. Voy a vestirme, que pronto empezará el espectáculo y trabajo en la primera parte. Hasta luego, Mary.

MARY — Adiós, Marcelo. (Vase Marcelo por el corredor.)

ESCENA IV

MARY y BALLIERES; luego HOLMES.

MARY — Ahora que estamos solos, hermano mío, dime: ¿a qué vienen todos esos disgustos y esas disputas? Habla claro de una vez. ¿Por qué?

BALLIERES — Porque te quiero y tú amas a ese lord. ¿No es verdad que amas a Enrique Gernier?

MARY — ¿Acaso no te lo he dicho otras veces?

BALLIERES — ¡Ah! ¿Le amas mucho?

MARY — ¡Qué insistencia tan extraña en ti! Yo te he querido siempre como a un hermano y no te he ocultado nunca que amaba, que amo a Enrique.

BALLIERES — Para él amor, para mí tan solo cariño.

MARY — ¡Procura olvidar esa locura, hermano mío!

BALLIERES — ¡Olvidar! ¡Ojalá pudiera olvidarte!... ¡Te amo tanto!... Desde pequeño que te amo sin darme cuenta de ello. Me crié a tu lado, juntos crecimos, y al llegar a la pubertad, cuando mis labios iban a abrirse para decirte: «Mary de mi vida, te amo, no con cariño de hermano, sino con amor ardiente, apasionado», entonces la fatalidad se interpuso entre nosotros para casarte con el hijo del que nos había recogido y amparado, cuando la inundación que devastó nuestro pueblo nos dejó a los dos en la orfandad. Dominado por el agradecimiento sofoqué el amor en mi pecho y puse un candado en mi boca, pero al saber el naufragio del buque en que iba tu esposo, entonces brotó de nuevo la llama en mi corazón, y si callé todavía fué ante el temor de dar un paso en falso, y esperé con ansiedad mortal una prueba palpable y patente de tu viudez. Prueba no presentada todavía, y sin embargo tú has entregado a otro hombre tu corazón, desgarrando nuevamente el mío. ¡Ah,

no, no será! Ese casamiento no se llevará a cabo, Mary mía, no, nunca; no lo quiero, porque sino...

MARY — Hermano mío, hasta el presente he visto nobleza en tu corazón; sentiría que pidieras a la calumnia el amor que mi pecho no puede concederte. ¡Olvídame, hermano mío!

BALLIERES — ¡Imposible! No puedo arrancar de mi pecho este amor que me devora.

MARY — Pues si tú no puedes matar el amor que por mí siento, ¿cómo quieres que yo mate el que siento por Enrique?

BALLIERES — ¡Ah!

HOLMES — ¿La señorita Mary?

MARY — Servidora de usted.

HOLMES — Usted me dispensará, pero habiendo encontrado una tarjeta en mí casa...

MARY — ¡Ah, sí, soy con usted! ¡Hermano mío, calma y resignación!

BALLIERES — ¡Imposible! ¡No puedo! (Vase a su cuarto.)